

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1974

Precio: 150 Pesetas

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA.

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal, SE-25-1958

Impreso en España, en los Talleres de la IMPRENTA PROVINCIAL. — SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACION CUATRIMESTRAL



2.^a ÉPOCA
AÑO 1974



TOMO LVII
NÚM. 175

SEVILLA, 1974

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1974

MAYO-AGOSTO

Número 175

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

SECRETARIO DE REDACCIÓN: JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

CONSEJO DE REDACCIÓN:

MARIANO BORRERO HORTAL, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.

JESÚS ARELLANO CATALÁN.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.

ANTONIO MURO OREJÓN.

OCTAVIO GIL MUNILLA.

JOSÉ GUERRERO LOVILLO.

LUIS TORO BUIZA.

FRANCISCO MORALES PADRÓN.

SR. SECRETARIO Y SR. INTERVENTOR DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

ADMINISTRADOR: CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1.
APARTADO DE CORREOS, 25. - TELÉFONO 223381. - SEVILLA (ESPAÑA)

S U M A R I O

	<u>Páginas</u>
ARTICULOS	
LAZO DÍAZ, Alfonso.— <i>Política antigitana de los dos primeros Borbones en el reino de Sevilla: Carmona</i>	1
AVELLÁ CHÁFER, Francisco.— <i>La ocupación francesa de la ciudad y arzobispado de Sevilla, a la luz de nuevos documentos (1810-1812)</i>	35
LABRADOR GUTIÉRREZ, Tomás.— <i>Presencia de Edgard Allan Poe en Antonio Machado</i>	87
PORQUERAS MAYO, Alberto, y LAURENTI, Joseph L.— <i>Rarezas bibliográficas. La colección de ediciones y traducciones del sevillano Pedro Mejía (1496-1552) en la biblioteca de la Universidad de Illinois</i>	121
HEREDIA, M. ^a del Carmen, y ROMERO, Purificación.— <i>La antigua y la actual parroquia de Santa Cruz</i>	139
ANTÓN SOLÉ, Pablo.— <i>El gremio gaditano de pintores en la segunda mitad del XVII</i>	171
MISCELANEA	
LÓPEZ ESTRADA, Francisco.— <i>Jorge Guillén y Sevilla</i>	181
LIBROS	
Temas sevillanos en la prensa local.	
REAL DÍAZ, Isabel	191
Crítica de libros.	
GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel: <i>El Concejo de Carmona a fines de la Edad Media (1464-1523)</i> .—Antonio Domínguez Ortiz	205
GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel: <i>Ordenanzas del Concejo de Carmona</i> .—Alfonso Franco Silva	206
LAMIQUIZ, Vidal: <i>Lingüística Española</i> .—Esteban Torre ...	207
VILLAR MOVELLÁN, Alberto: <i>Arquitectura del Modernismo en Sevilla</i> .—María Concepción García Gainza	209

MISCELÁNEA

JORGE GUILLÉN Y SEVILLA

(Comentarios de libros y experiencias)

Uno de mis propósitos —tan sólo cumplidos tal cual vez, pues el tiempo no da para más— es el de recoger las noticias que relacionan a los grandes escritores con Sevilla. En este caso voy a referirme a Jorge Guillén, acerca del cual Vicente Hidalgo publicó en el número anterior de nuestra revista un curioso artículo sobre la progenie del poeta, con unas líneas prologales mías (1). Quiero añadir algo más como contribución al homenaje que ha recibido el poeta con motivo de sus ochenta floridos años, cumplidos en el año de 1973. Y al mismo tiempo registrar la publicación de la biografía que un poeta sevillano, Joaquín Caro Romero, ha escrito sobre Guillén (2).

Caro Romero ha logrado una ágil biografía, dentro de la Colección "Grandes escritores contemporáneos". El carácter de la Colección, dirigida a un público amplio y con propósitos de divulgación, requería esta disposición aligerada de notas eruditas favoreciendo, al mismo tiempo, un desarrollo en el que predomina el enfoque personal del biógrafo.

Caro Romero destaca la dificultad de contar la vida de quien vivió dedicado a la reflexión poética sobre el mundo, y a su actividad de profesor universitario; Guillén, nos dice, es uno de los poetas menos "espectaculares" del siglo, pero de los que irradia una maestría que lo es tanto por la obra poética como por su humanidad. Se trata, por tanto, del ejemplo que nos llega de un Humanismo que en el poeta se ha desarrollado concéntricamente —desde su condición castellana, nacido en Valladolid y de la progenie de los Guillén de Montealegre— en círculos cada vez más amplios —su vida en España, entreverada con estancias en Suiza, Alemania, Francia e Inglaterra—, y desde 1938, su residencia en América y Europa. La Obra de Gui-

(1) Vicente HIDALGO GÓMEZ, *Jorge Guillén unido a su origen*, "Archivo Hispalense", tomo LVII, núm. 174, Sevilla, 1974, pp. 85-93.

(2) Joaquín CARO ROMERO, *Jorge Guillén*, Colección "Grandes escritores contemporáneos", núm. 72, Madrid, Epesa, 1973, 198 págs.

llén tiene así resonancia universal, y Caro Romero evoca esta peregrinación por el mundo con España en el corazón, con una familia en torno que lo rodea con afecto, y en compañía, presente o epistolar, de los amigos que le cercan de cordialidad en afán de recíproca comunicación.

Las noticias sobre la Obra de Guillén son sólo las necesarias para redondear la biografía, con especial referencia a las cuestiones personales: el ritmo de la publicación de sus poemarios desde *Cántico*, su obra de prosista, el influjo sobre la literatura actual, el "duelo entre caballeros" (o episodio de las relaciones entre Juan Ramón y Jorge) y la función de la impureza y la sátira, sobre la que Caro Romero insiste, así como en su relación con la poesía popular, para que se capte la compleja personalidad poética de Guillén, tenido, en el inevitable formulismo de los manuales de literatura, por el más claro representante de la poesía "pura" en la literatura española, cuando, en realidad, es eso y mucho más, de acuerdo con las circunstancias que vivió con cabal conciencia de su cometido humano.

La biografía se completa con una Antología formada por tres cartas de Guillén, veinte y un poemas, seleccionados de entre los breves y con preferencia entre los menos conocidos, seguida de una reducida bibliografía de la obra del autor y de su crítica, en la cual echo de menos la mención del estudio que en 1972 publicó Oreste Macrí como prólogo de la edición y traducción de la excelente antología *Opera poetica*, uno de los más iluminadores y completos de la obra de Guillén (3).

* * *

Además de dar noticia de la parte nuclear del libro de Caro Romero, quiero referirme también a dos capítulos complementarios, que constituyen las páginas más originales de la biografía (4). El autor nos relata en ellos las impresiones que conservó de una visita que Guillén hizo a Sevilla desde el 1 al 6 de mayo de 1967, y de otra, del 26 al 28 de marzo de 1969, en las que le acompañó por la ciudad; resultan "un modesto dietario en honor del visitante excepcional", tal como declara el autor. Son apuntes apresurados, en los que el gozo de la compañía pone

(3) Jorge GUILLÉN, *Opera poetica* ("Aire nuestro"), estudio, selección, texto y versión al italiano por Oreste Macrí, Florencia, Sansoni, 1972.

(4) Joaquín CARO ROMERO, *Jorge Guillén*, obra citada, pp. 67-92.

un ritmo nervioso y cortado al relato; Guillén rememora, sin más orden o concierto que el azar de los encuentros o de las chispas que inflaman recuerdos, las personas y los lugares que había conocido durante los años de su estancia en Sevilla (1931 a 1938), en que fue catedrático de Literatura Española en la Universidad hispalense. Hay un apresurado balanceo entre la realidad actual de la compañía del poeta sevillano, nacido en 1940, y las evocaciones azarosas del poeta de Valladolid, nacido en 1893. Por medio está la fluencia de la vida, recordada a través de los lugares y de los amigos presentes y de los ausentes: Miguel Romero Martínez, al que hace poco dedicamos un Homenaje en el que ha intervenido Guillén con el fervor de una vieja amistad (5); Alejandro Collantes, sobre el que María del Pilar Márquez ha publicado un hermoso libro, con su vida y obra completa (6); Juan Ruiz Peña, que en Salamanca dirige sin desmayos la revista "Alamo"; Alfredo Malo Zarco y otros más. Allí aparece Ramón Carande, maestro en asuntos de economía histórica y cuya avasalladora cordialidad se transparenta en la ocasión de sus ochenta años, entonces alegremente cumplidos. Es el mundo de Guillén, reencontrado en la visita del poeta, y que Caro Romero, actuando como un Eckermann devoto y en trance de admiración, recoge puntualmente de la chispeante vitalidad del viajero.

* * *

Este comentario va haciéndose más personal pues la lectura de esta parte del libro de Caro Romero me trajo a la memoria que yo también tenía unos apuntes arrinconados en una carpeta, escritos con ocasión de otra visita anterior, realizada en los primeros días de diciembre de 1955; las notas se referían a uno de los episodios de aquella estancia de Guillén en Sevilla. Y el recuerdo me lleva a evocar otra vez a aquel sevillano inquieto y misterioso que fue Joaquín Romero Murube (7), en cuyo Alcázar convergieron los más dispares visitantes, de entre los cuales los

(5) *Homenaje a Miguel Romero Martínez (1888-1957), con una antología de su obra*, Sevilla, Gráficas del Sur, 1973, 160 págs.; la colaboración de Jorge Guillén, titulada "Miguel Romero Martínez", en las pp. 24 a 29.

(6) María del Pilar MÁRQUEZ, *Alejandro Collantes de Terán, poeta de Sevilla*, Publicaciones de la Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla, Gráficas del Sur, 1973, 290 págs.

(7) Véase lo que digo de este escritor y de su vinculación al Alcázar en Joaquín ROMERO MURUBE, *Verso y prosa*, prólogo y selección de Francisco López Estrada, edición del Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, Imprenta Municipal, 1971, en especial pp. 34-37. Quiero añadir que en esta misma revista "Archivo Hispalense" he publicado el artículo *Nuevas variaciones sobre el Cántico de Guillén*, núm. 118, 1963, pp. 203-208.

poetas obtuvieron siempre trato de favor. El caso es que estuve presente en la lectura que, convocada por Romero Murube, Guillén nos dio de su poema *Lugar de Lázaro*, que entonces traía como la obra que acababa de elaborar y que quiso comunicarnos de viva voz. La reunión de unos pocos amigos de Guillén y de Romero Murube aconteció en la casita del Moro, aldeaña al Alcázar, sobre las murallas, en un lugar desde el que se veían los jardines a través de las ventanas. La lectura comenzó a la caída de la tarde y duró hasta que la noche oscureció el lugar. Después de la reunión, impresionado por la obra oída y la perfección de la lectura, y por la plenitud de la palabra poética, escribí unas notas en las que se mezclaron varios asuntos: el de la juventud universitaria que escribe poesía y una glosa que hice de la recitación de Guillén, apunte en que quise expresar la inefabilidad de la comunicación de la palabra poética, exaltada en este caso por el relieve oral que le dio la voz del propio poeta y el gesto exacto con que cerraba la entonación de cada estrofa.

Pasados los años, y con el objeto de reunir aspectos de la biografía de Jorge Guillén, lo publico ahora como remate de este comentario; una primera redacción de estas notas tuvo como destino servir de prólogo a una Antología de poesía universitaria nonata, y esto justifica, en cierto modo, el tono de estas páginas que siguen. Van ahora como la expresión de mi homenaje a Jorge Guillén, en tanto que es poeta que todos leemos: los jóvenes que me rodean —y son muchos los años que lo hacen— y los profesores que no quieren ser sólo eruditos, y que cuando oyen a Guillén se arrancan a escribir los versos que son la única cifra posible de una experiencia poética en la que se reunían las circunstancias que cuento.

* * *

Apuntes de un profesor de literatura en los que se habla de la poesía de los jóvenes universitarios, y de una lectura de Jorge Guillén que hizo de su poema Lugar de Lázaro en la casa del Moro, junto al Alcázar de Sevilla, en los primeros días de diciembre de 1955.

—Porque la poesía, me refiero a la poesía como ejercicio de creación, escribir versos o prosa de cualquier género: novela,



ensayo o teatro —comenzó diciendo el profesor—, empieza siendo una erupción juvenil cuyo curso es imprevisible. Se encuentra abundantemente entre los jóvenes universitarios, y esto se explica porque es creíble que el morbo poético se conserve en las páginas de los libros y desde allí se contagie a los que leen más de la cuenta común. A veces la afección poética pasa pronto; al cabo de un par de cursos se deja de sentir sus efectos, y puede que el pretendido poeta se convierta con el tiempo en un buen lector, y esta es la solución común y benigna y la que deseo para todos los presentes que estén en ese caso. A veces dura más, y alcanza hasta el fin de los estudios, con el título de licenciado o de doctor, o hasta el matrimonio; y entonces ya es un serio peligro. Y en poquitos casos perdura hasta la muerte. Aquí —y el profesor mostró un libro con hermosa encuadernación azul— tienen un testimonio muy temprano de sus efectos entre la juventud universitaria de la posguerra, en la *Antología del Alba* que publicó la Universidad de Madrid en 1943. Repasemos el índice de autores; algunos dejaron de escribir, otros se dispersaron por el magno río de la vida, unos pocos han muerto, y de entre ellos sólo algunos nombres perduran: así Julián Ayesta, un excelente narrador; Francisco García Pavón, que está en la nómina activa de la novela actual, y Rafael Morales, seguro poeta. A veces estos ímpetus creadores se recogen en revistas: en Sevilla hubo, por ejemplo, un “Aljibe”, del que con intermitencias de 1951 a 1955 se sacó una poca de agua poética elemental: Aquilino Duque, Antonio Gala, Juan Collantes de Terán, Bernardo Carande, Angel Medina, etc. Números sueltos de una *Floresta de Varia Poesía* andan sueltos en espera de una continuidad que nunca llega. Por eso, estos libros y revistas de los jóvenes poetas me inquietan y causan nostalgia, aún antes de que se hayan publicado; tienen para algunos algo de prematuro, de intento que será vano, aborto de nobles esfuerzos, y para otros son signo de condenación, anuncio de una vocación que quién sabe a dónde ha de conducir. Me levantan siempre el mismo interrogante: ¿Cuántos llegarán en esta empresa de lograr la cumplida palabra poética? Pero, a lo menos, están aquí con su fe en la poesía, y eso es ya un tanto a favor en un mundo más propicio a la negación que a las afirmaciones.

Los poetas viejos —en edad y ciencia poética— gustan de recibir estos libros, y los leen con la ceniza caliente del entusiasmo que ardió en ellos en iguales circunstancias: buscan al poeta, a los que han de sucederles en esta carrera sin fin de la

poesía, que dura mientras la lengua exista y que es su representación más tensa, más punzante, más mordiente. Con ocasión de un Curso de Poesía Joven Andaluza, que organicé en la Universidad en 1958, Vicente Aleixandre nos envió unas hermosas palabras que lei al comienzo de una reunión que tuvimos, y de entre ellas quiero recordar este párrafo en que se refiere al curso y a los universitarios asistentes: “¿Qué es poesía? Poesía es comunicación. Una como esperanza común os congrega cada tarde y en seguida os enlaza y os rafaguea, os unifica, con ese diálogo profundo de los hombres que es el fenómeno lírico, conocimiento profundo y amor en presencia, nunca tan visible, tan tangible diría, como ante un público en pleno y dichosa comunión propagada con sus poetas. Aquí se ve bien y demostrativamente, entrando por los ojos hasta el alma, que el poeta no se pertenece a sí mismo, sino a los que le escuchan”.

Y esto me conduce hacia la otra noticia que quería darles —prosigue el profesor—. Y es que llueve sobre mojado en esta tierra de Sevilla por lo que toca a la poesía. Por aquí pasaron y convivieron los jóvenes universitarios poetas como Pedro Salinas y Jorge Guillén. Al último voy a referirme para contarles cómo conocí uno de sus poemas, *Lugar de Lazaro*, que después publicaría en una edición de bibliófilo en Málaga, en la Imprenta Dardo, 1957, bajo el cuidado de Bernabé Fernández-Canivell, de la que poseo el ejemplar número 46. El poema se incorporó luego a *Clamor*, 2, ...*Que van a dar a la mar*, libro publicado en la Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1960, páginas 12 a 29. Hoy no comentaré el poema porque no es la ocasión. Pretendo algo más difícil y personal, y es comunicarles de alguna manera la conmoción que sentimos los asistentes a la lectura de Guillén. Aquí vendría bien la habilidad de Azorin, que intuyó muchas de estas situaciones. La viva voz del poeta, viva por su plenitud poética y por el alma que puso en la recitación, pide un procedimiento inusitado. Azorin se dio cuenta de que a veces este contacto físico con la palabra oída puede engendrar otro poema; entonces la crítica literaria tiene que alzar también el vuelo creador. ¡Qué difícil es esto de explicar! Resulta que la crítica quiere ser una comprensión tan integral, que ella misma se convierte en glosa apurada del mismo poema, y que, como las viejas glosas medievales, va conformándose a sí misma poéticamente. Este fue uno de esos casos, y al tratar de dejar un testimonio de lo que había sido aquella reunión, sólo una cauce de poesía exegética se presenta ante el crítico. Probemos, pues, de

escribir un poema al poema leído por Guillén por antojárseme el solo recurso de recordar la voz del poeta:

Fue voz sólo en el principio
pues así comienza todo,
con palabras.
Y el aire como una arcilla
que las manos del poeta
moldeaban.

Así empezó el Poema, así la vida.
Fue su voz la frontera traspasada,
y el alma, que se apresta al seguimiento
del Poema —oh gracia inmerecida.
Es Guillén que nos cuenta aquí un milagro:
el milagro de Lázaro que ha vuelto,
el silencio de quien supo más que nadie.

El aire de esta tarde de diciembre
queda así, como arcilla trabajada
al compás de las manos del poeta.
Mientras, la voz al hilo de los versos
iba contando el hecho tan sabido
de Lázaro, ya muerto y sepultado.
El alma, de su cuerpo desprendida,
del cuerpo que sostuvo acá en la tierra.
Allá se fue; y quedaban los despojos.
Allá, Dios mío, allá... Y cambió el tono.
La muerte con su filo incontenible
cortaba hilos de sutil costura.
Ay, las formas que dejan de ser formas.
Ay, el bulto que cede irreparable,
y la carne sin la vida palpitante,
sin el árbol caliente de la sangre.
¡Aquí el milagro! En este punto mismo
se juntan otra vez el cuerpo y alma.
Lázaro en pie, Lázaro caminando.

Ya no hay milagro, no; sí lo hubo en tiempos.
Lázaro otra vez de hombres rodeado.
Hombre también, de vuelta de la muerte...
Y Guillén va contando de este Lázaro
el Poema, cada acento en su punto.

Los jardines se ven por las ventanas,
ya en sombras, del Alcázar de Sevilla.
La noche, sin apenas darnos cuenta,
de puntillas se entró como otro oyente,
mientras Lázaro, bíblico y moderno,
revive enaltecido en el Poema.
Los nombres son palomas de la torre,
que se vinieron al caer la tarde.
El árbol que yo veo en la mañana,
el grito de los niños en sus juegos...

—Todo sabido y todo renovado.
El ritmo del Poema se serena.
Si allí el milagro fue, aquí el misterio.
El misterio de Lázaro que vive,
con todos, como todos, cada día,
el único que volvió, y que nada dice.

Acabó el Poema, y Guillén se calla.
Las manos quietas, y nos mira a todos.
Así nos lo entregó con esta gracia
que sólo al poeta es concedida.

Por eso —termina el profesor— no olviden que el poema es palabra, y que ésta tiene que ser oída de labios de otro hombre, del poeta, si posible es, como lo fue en este caso que les cuento.

—Señor profesor, la hora.

Y siempre se pregunta el profesor: ¿La hora de qué?

Francisco LOPEZ ESTRADA
Universidad de Sevilla